

# Washington Square Henry James

Ilustraciones de Jonny Ruzzo

sextopisoilustrado





## **Washington Square**



# Washington Square

HENRY JAMES

ILUSTRACIONES DE JONNY RUZZO

TRADUCCIÓN DE TERESA BARBA Y ANDRÉS BARBA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Washington Square*

Primera edición: 2013

Ilustraciones  
© JONNY RUZZO

Traducción  
© ANDRÉS BARBA Y TERESA BARBA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-48-7  
Depósito legal: M-31631-2013

Impreso en España





## I

En la primera mitad de este siglo o, para ser más precisos, en los últimos años de ella, en la ciudad de Nueva York, un médico ejercía su oficio y prosperaba considerablemente. Disfrutaba allí de esa excepcional consideración que en los Estados Unidos siempre se ha profesado por los miembros de la comunidad médica, una ocupación que siempre ha sido considerada un honor en nuestro país y que, tal vez con más éxito que en ningún otro país, ha merecido el calificativo de «liberal». En un país en el que, como aquél, era necesario ganar un sueldo o hacer creer que se ganaba para granjearse un puesto en la sociedad, las artes curativas parecían combinar en el grado más elevado las dos fuentes de ingresos más ampliamente reconocidas. Por un lado, pertenecían al reino de lo práctico, lo que en Estados Unidos siempre constituía un poderoso atractivo, y, por otro, estaban iluminadas por la luz de la ciencia, un mérito apreciable en una comunidad en la que el amor por el saber no siempre se había caracterizado por la facilidad de oportunidades. Una de las peculiaridades de la reputación del doctor Sloper era que su saber y su destreza estaban equilibrados; era lo que podía considerarse un médico erudito sin nada abstracto en sus remedios, siempre prescribía alguna cosa. Aunque en ocasiones pudiera parecer extremadamente riguroso, no echaba mano de teorías incomprensibles y, si a veces daba detalles de una precisión que sobrepasaba la que podía ser útil para el paciente, nunca llegaba tan lejos —como se oye de otros médicos— como para abandonarlo con una simple explicación, sino que dejaba siempre tras él alguna inescrutable receta. Había ciertos médicos que extendían recetas sin ofrecer explicación alguna, pero él tampoco pertenecía a aquel grupo, sin duda, el más vulgar de todos. Es fácil deducir que estoy describiendo a un hombre inteligente. Ésa y no otra era la causa de que el doctor Sloper se hubiese convertido en una celebridad local. En ese momento, que es el que nos concierne, rondaba los cincuenta años y su popularidad estaba en su mejor momento.

Era muy ingenioso y la mejor sociedad de Nueva York lo consideraba un hombre de mundo, y realmente lo era. Me apresuro también a añadir, para evitar posibles malentendidos, que no tenía nada de charlatán. Era un hombre verdaderamente honesto..., honesto hasta un punto que quizá ni siquiera él mismo habría sido capaz de medir correctamente. Dejando a un lado la gran amabilidad de la comunidad en la que ejercía su profesión —y que se enorgullecía de tener al médico «más brillante» del país— solía dar por sentado que aquellas afirmaciones provenían tan sólo de los talentos que le atribuía el pueblo. Era un gran observador, un filósofo incluso, y ser brillante era algo tan natural en él, o —como solía decir la gente— le salía de una manera tan natural, que nunca parecía un gesto teatral: jamás echaba mano de los pequeños trucos y trampas a los que suelen recurrir los talentos de segunda fila. Es preciso admitir que la suerte le había sonreído y que había encontrado un camino muy llano para su prosperidad. Se casó por amor, a los veintisiete años, con una joven encantadora, la señorita Catherine Harrington, de Nueva York, quien, aparte de sus encantos, le proporcionó una sólida dote. La señora Sloper era amable, grácil, talentosa, elegante y, en 1820, era considerada una de las jóvenes más hermosas de la pequeña pero prometedor capital que se agrupaba alrededor de Battery, con vistas a la bahía, y que estaba delimitada al norte por los verdes caminos de Canal Street. Incluso a la corta edad de veintisiete años, la impresión que había producido Austin Sloper había sido tan buena que no parecía extraño que hubieran peleado por él varias docenas de pretendientes y que hubiera ganado entre ellas aquella joven de elegancia insuperable, poseedora de diez mil dólares de renta y de los ojos más encantadores de la isla de Manhattan. Aquellos ojos, unidos a otros muchos atributos, fueron la mayor fuente de dicha durante cinco años para aquel joven médico, que era, a la vez, un atento y feliz marido. El hecho de haberse casado con una mujer rica no modificó en absoluto sus planteamientos de vida; cultivó su profesión con la misma tenacidad con la que lo habría hecho si no hubiese tenido más recursos que la parte correspondiente de aquel modesto patrimonio que había compartido con sus hermanos y hermanas tras la muerte de su padre, y no por un desmedido propósito de ganar dinero, sino sobre todo por seguir aprendiendo y por mantenerse ocupado. Aprender cosas interesantes y ser útil para los demás..., aquél era, por decirlo llanamente, el plan que



había trazado para su vida, y haberse casado con una mujer adinerada no le parecía que negara su validez. Le gustaba tanto la práctica de su oficio, era tan agradablemente consciente de que se trataba del ejercicio de una destreza, y aquello resultaba ser una verdad tan indudable, que si no hubiese sido médico, se habría convertido en una de esas personas que se empeñan en serlo por todos los medios. Como es obvio, su acomodada posición le evitó una gran cantidad de duro trabajo, y la adhesión de su mujer a los «mejores círculos» le facilitó acceder a muchos pacientes que, si bien no tenían enfermedades más interesantes que los de las clases más bajas, al menos exponían sus síntomas con más solvencia. Deseaba experiencias y tuvo una gran cantidad de ellas en el transcurso de veinte años. Hay que añadir también que, a pesar de su valor intrínseco, algunas de ellas no fueron precisamente bienvenidas. Su primer hijo, un chico que prometía talentos extraordinarios —de eso estaba convencido el doctor, quien por otra parte no era nada propenso a frívolos entusiasmos—, murió a la edad de tres años a pesar de todo lo que la ternura de la madre y la ciencia del padre idearon para salvarlo. Dos años más tarde la señora Sloper dio a luz un segundo bebé..., un bebé cuyo sexo lo convertía de inmediato en un inadecuado sustituto para aquel primogénito tan llorado del que se había propuesto hacer un hombre admirable. La pequeña fue una decepción, pero no la peor de todas. Una semana después del alumbramiento, aquella joven madre que, dicho coloquialmente, lo estaba llevando bien, fue súbitamente traicionada por ciertos síntomas alarmantes y, antes de que transcurriera otra semana, Austin Sloper ya era viudo.

Su destreza para mantener vivos a los demás había resultado un tanto pobre a la hora de aplicarla a su propia familia: perder a su mujer y a su hijo en el plazo de tres años habría sido motivo suficiente como para que cualquier médico brillante viese su talento o su capacidad comprometida. Nuestro amigo, sin embargo, escapó a la crítica. O lo que es más exacto: escapó a todas las críticas menos a la suya propia, que era a la vez la más competente y la más implacable. Anduvo el resto de sus días bajo el peso de su propia censura, y nunca dejó de soportar las heridas que aquella mano poderosísima le había causado durante la noche en la que falleció su esposa. La gente que, como ya he dicho, lo apreciaba mucho, fue compasiva con él y evitó cualquier tipo de comentario irónico. Es más, su desgracia lo volvió más interesante y

lo hizo estar en boga. Se comentaba el hecho de que ni siquiera las familias en las que había un médico eran capaces de escapar de las insidias de la enfermedad y que, al fin y al cabo, el doctor Sloper también había perdido a otros pacientes aparte de los dos ya mencionados, cosa que constituía un precedente a considerar. La pequeña permaneció a su lado y, aunque no era exactamente lo que había deseado, se propuso sacar lo mejor de ella. A su favor contaba con una buena dosis de autoridad de la que la niña se benefició enormemente durante los primeros años de vida. Le puso el nombre de su pobre madre, como no podía ser de otra manera. Ni en su más tierna infancia el doctor se dirigió a ella con un nombre que no fuera el de Catherine. Se convirtió en una niña sana y robusta. Cuando su padre la miraba se decía a sí mismo que, dada su constitución, no debía tener miedo de perderla. Y digo «dada su constitución» porque a decir verdad... Pero reservemos mejor esa verdad para más adelante.



## II

Cuando la niña cumplió los diez años, el doctor invitó a su hermana, la señora Penniman, a que viviera con ellos. Las hermanas Sloper eran dos, y ambas se habían casado muy jóvenes. La menor de ellas, la señora Almond, era mujer de un próspero comerciante y madre de una radiante familia. Ella misma también era radiante: era una mujer hermosa, agradable, razonable y, sin duda, la favorita de su inteligente hermano, un hombre de preferencias claras cuando se trataba de mujeres, incluso cuando se trataba de mujeres de su propia familia. Desde luego, prefería a la señora Almond antes que a su hermana Lavinia, quien se había casado con un pobre clérigo de constitución enfermiza y de retórica un poco pedante. A la edad de treinta y tres años se había convertido en una viuda sin hijos y sin un céntimo, y apenas poseía nada más que el recuerdo de las florituras verbosas del señor Penniman, cuyo vago aroma aún persistía a veces en su propia conversación. Él le ofreció su casa como hogar, y Lavinia lo aceptó con la rapidez con la que puede hacerlo alguien que había pasado diez años de vida marital en el pueblo de Poughkeepsie. La oferta que le había hecho el doctor a la señora Penniman no era indefinida: le había ofrecido su casa hasta que ella encontrara un apartamento al que poder trasladarse, y aunque es difícil saber si la señora Penniman emprendió esa búsqueda en realidad, lo que es un hecho es que jamás lo encontró; se estableció con su hermano y nunca abandonó la casa. Cuando Catherine cumplió veinte años, la vieja tía Lavinia aún constituía uno de los elementos más notables de su séquito habitual. La versión de la señora Penniman era que se había quedado para hacerse cargo de la educación de su sobrina. Aquella fue, de hecho, la versión que dio a todos menos al doctor, quien tenía la costumbre de no pedir explicaciones a las personas que estaban obligadas a inventárselas. Por otra parte, y por razones difícilmente explicables, aunque la señora Penniman poseía cierta seguridad en sus posibilidades, no se ofreció nunca como posible instructora. Sin un gran sentido del humor,

tenía el suficiente como para evitar cometer ese error, y su hermano, por su parte, tenía el suficiente como para perdonarle que, a pesar de su situación, no le hubiese ofrecido ninguna retribución durante casi toda su vida. Consintió, eso sí, a la propuesta que la señora Penniman parecía sugerir tácitamente: lo importante era que la pobre huérfana tuviera a su lado a una mujer brillante. El consentimiento sólo podía ser tácito, ya que al doctor jamás le había deslumbrado la capacidad intelectual de su hermana. A decir verdad, y exceptuando la ocasión en la que se enamoró de Catherine Harrington, nunca le había deslumbrado ninguna cualidad femenina y, aunque hasta cierto punto era lo que suele llamarse un médico de mujeres, su opinión del sexo complejo no era muy elevada. Sus complejidades le parecían algo que tenía más de curioso que de edificante, y postulaba un ideal de belleza de la *razón* que resultaba difícil de satisfacer cuando contemplaba a la mayoría de sus pacientes femeninas. Su esposa había sido una mujer razonable y, de entre las cosas de las que estaba absolutamente convencido, la que le parecía más indudable de todas era que se había tratado de una excepción extraordinaria. Aquella convicción no le animó, desde luego, ni a mitigar ni a acabar con su viudedad, y dificultó en buena medida que descubriera las virtudes de Catherine y la posible ayuda que podía ofrecerle la señora Penniman. A pesar de todo, transcurridos seis meses, aceptó la presencia de su hermana como un hecho consumado y, a medida que fue transcurriendo el tiempo, comprendió que, efectivamente, había buenas razones para que tuviera una compañera de su imperfecto sexo. Era extremadamente educado con Lavinia, escrupuloso y formalmente educado. Ella, por su parte, sólo le había visto indignado una vez en su vida: en una ocasión en la que perdió la compostura durante una discusión teológica con su difunto marido. Con ella nunca discutía sobre teología ni sobre ninguna otra cosa; se limitaba a dejar muy claro, como si se tratara de breves y lúcidos ultimátums, cuáles eran sus deseos con respecto a Catherine.

En una ocasión, cuando la niña tenía unos doce años, le dijo:

—Intenta hacer de ella una mujer inteligente, Lavinia, me gustaría que fuera una mujer inteligente.

Ante aquellas palabras, la señora Penniman se quedó pensativa unos instantes.

—Mi querido Austin —preguntó—, ¿te parece más importante la inteligencia que la bondad?

—¿La bondad? —preguntó el doctor—. La bondad no es posible sin la inteligencia.

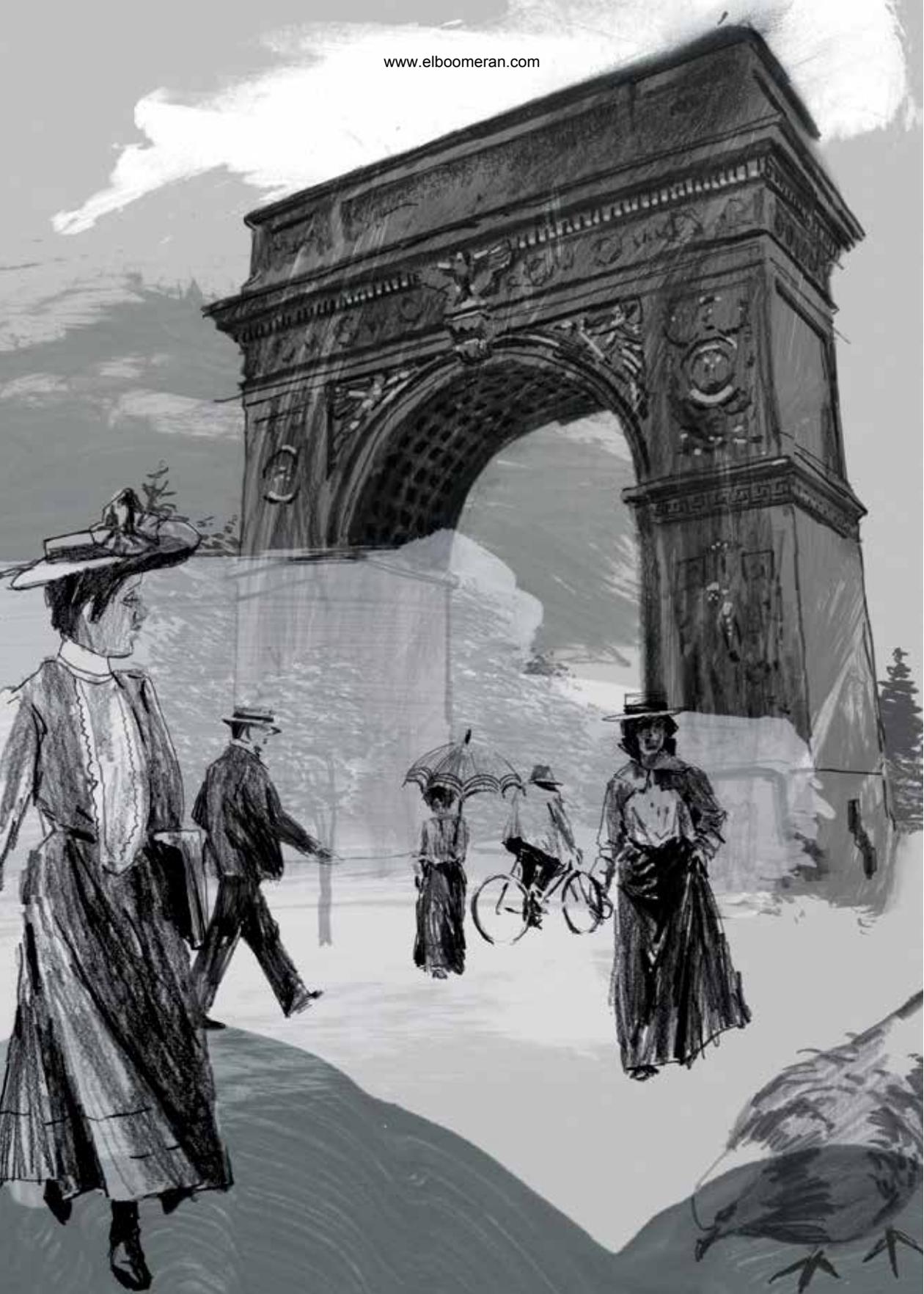
La señora Penniman no vio ningún motivo para disentir de aquella afirmación; lo más probable es que pensara entonces que su misión con respecto a la niña era precisamente dotarla de la facultad de convertirse en muchas cosas.

—Por supuesto que prefiero que Catherine sea buena —prosiguió el doctor al día siguiente—, pero ser tonta no la hará más virtuosa. No tengo miedo de que sea mala, no tiene el germen del mal en su carácter. Es más buena que el pan, como dicen los franceses, pero prefiero que dentro de seis años estemos comparándola con algo más sustancioso que pan con mantequilla.

—¿Es que tienes miedo de que sea sosa? Mi querido hermano, yo me encargo de la mantequilla, no te preocupes —contestó. La mujer ya se había hecho cargo de ciertos aspectos de la educación de la niña: supervisaba sus clases de piano, en las que Catherine había demostrado algún talento, y la acompañaba a clases de baile, en las que es necesario reconocer que tuvo un papel más bien modesto.

La señora Penniman era una mujer alta, delgada, rubia, más bien canosa, de un temperamento perfectamente amable y una elegancia de clase alta, con cierto gusto por la literatura ligera y un carácter imprudente y evasivo. Era romántica, sentimental, y le apasionaban los secretos y los misterios..., una pasión muy inocente, ya que sus secretos no tenían el más mínimo interés. No era del todo sincera; pero aquel defecto no provocaba graves consecuencias, ya que nunca tuvo nada que ocultar. Le habría gustado tener un amante, escribirle cartas y dejarlas luego secretamente en una tienda bajo un nombre falso. Debo decir que su imaginación nunca llevó las cosas más allá de ese punto, y que la señora Penniman nunca tuvo un amante, pero la perspicacia de su hermano adivinaba en ella aquel deseo. «Cuando Catherine tenga diecisiete años —pensaba—, Lavinia intentará convencerla de que cierto jovencito con bigote está enamorado de ella. Algo que, por supuesto, no será cierto: no habrá ningún joven, con bigote o sin él, que se enamore de Catherine. Pero Lavinia se convencerá de la historia y le hablará del asunto. Incluso puede que, si no triunfan sus operaciones clandestinas, se dirija a mí para convencerme. Catherine no creará una palabra. La paz mental de la pobre Catherine está asegurada, gracias a Dios, no es romántica».

La muchacha era sana, madura, y apenas había en ella rastro de la belleza de su madre. No era fea; tenía, simplemente, un semblante sencillo, aburrido y tierno. El mayor piropo que le habían dicho era que tenía una cara «agradable», y aunque se sabía que heredaría una gran fortuna, a nadie se le ocurrió nunca considerarla una belleza. La opinión de su padre sobre su pureza moral estaba más que justificada; era excelente e imperturbablemente buena; afectuosa, dócil, obediente y propensa a la verdad. En su más tierna infancia había sido un poco indolente y he de añadir que también algo glotona, aunque pueda parecer ésta una confesión un tanto extraña por parte de un escritor al referirse a su heroína. Nunca, al menos hasta donde puedo saber, robó pasas de la despensa; pero destinaba su paga a comprar pastelitos de crema. Sería injustificado, en cualquier caso, reprochárselo, ya que no constituye más que una referencia sobre cómo transcurrieron los años más cándidos de la retratada. De lo que no cabía duda era de que Catherine no era muy inteligente: no tenía destreza ni en los estudios ni en ninguna otra cosa. Tampoco era deficiente, y siempre se esforzaba por aprender suficiente como para defenderse en una conversación con sus contemporáneos, entre los cuales, hay que admitirlo, siempre ocupaba un lugar secundario. Es bien sabido que en Nueva York es posible que una jovencita ocupe un primer plano. Catherine, cuyo carácter era extremadamente modesto, no deseaba destacar en absoluto y, en la mayoría de los encuentros sociales, así se llamaban, siempre se la encontraba merodeando por la última fila. Sentía muchísimo cariño por su padre, y mucho miedo también; pensaba que era el hombre más listo, más atractivo y más célebre del mundo. La pobre muchacha estaba tan sobrecogida por aquella idea que el pequeño temor que se mezclaba con su pasión filial sólo la suavizaba un poco, más que agudizarla. Su deseo más profundo era agradarlo, y su concepto de la felicidad era saber que lo había conseguido. Nunca lo lograba, en realidad, más que hasta cierto punto, y aunque era muy amable con ella, Catherine era plenamente consciente de ello. Llevado el asunto hasta sus últimas consecuencias, a ella le parecía que constituía una verdadera razón para vivir. Lo que no podía saber era que en la mayoría de las ocasiones lo decepcionaba, pese a que se hubieran sucedido varios episodios en los que el doctor había sido franco al respecto. Creció pacífica y prósperamente, pero cuando llegó a la edad de dieciocho años la señora Penniman aún no



había conseguido hacer de ella una mujer inteligente. Al doctor Sloper le habría gustado estar orgulloso de su hija, pero no había nada en la pobre Catherine de lo que sentirse orgulloso, y aunque tampoco había nada, por supuesto, de lo que avergonzarse, aquello no le parecía suficiente. El doctor siempre había sido un hombre orgulloso, y había fantaseado con que su hija se convertiría en una mujer extraordinaria: podría haber sido grácil y hermosa, porque su madre había sido una de las mujeres más hermosas de su tiempo y, en cuanto a sí mismo, conocía muy bien sus propios méritos. Había momentos en los que le irritaba haber engendrado a una criatura tan vulgar, una idea por la que a veces llegaba a producirle cierta satisfacción que su madre no hubiese vivido lo suficiente como para conocerla. Él mismo tardó mucho en hacer aquel descubrimiento, y no lo dio por válido hasta que Catherine no se convirtió en una señorita. Le dio muchas veces el beneficio de la duda, no tuvo ninguna prisa en dar su impresión por sentada. La señora Penniman le aseguraba con frecuencia que su hija era de una naturaleza encantadora, pero no sabía cómo interpretar aquella afirmación. Para él significaba que Catherine no era lo bastante lista como para darse cuenta de que su tía era una gansa, porque sólo alguien con una inteligencia limitada podía resultarle encantadora a la señora Penniman. En realidad, tanto ella como su hermano exageraban las limitaciones de la joven; Catherine, a pesar del cariño y de la gratitud que sentía por ella, no veía en su tía ni una sola partícula del temor reverencial que conformaba la admiración por su padre; no había, para ella, nada de inescrutable en la señora Penniman. Catherine comprendió su naturaleza por completo desde el principio, y no se quedó deslumbrada por su aparición. Las enormes facultades de su padre, sin embargo, eran como una especie de vaga imprecisión luminosa que se expandía en la distancia, que no se detenían nunca, y que la mente de Catherine dejó de seguir.

No se debe suponer que el doctor Sloper pagara su decepción con la pobre muchacha ni que le diera a entender que le había fallado. Al contrario, temía ser injusto con ella, de modo que cumplió sus deberes con celo ejemplar y la reconoció en todo momento como a la hija leal y afectuosa que era. Se trataba, además, de un filósofo, por lo que dejó que lloviera sobre su decepción y, pasado el tiempo, se terminó acostumbrando. Le satisfacía pensar que no esperaba nada, aunque lo hacía de una manera un tanto curiosa. «No espero nada —se decía a sí mismo—,

de modo que si me da una sorpresa todo cambiará de pronto y, si no o hace, no perderé gran cosa». Se puede ver que no se había apresurado en sus conclusiones, porque aquel razonamiento se produjo cuando Catherine ya había cumplido los dieciocho años. En aquel momento no sólo era incapaz de causar sorpresa alguna, sino que ni siquiera parecía capaz de recibirla; así, tan callada e insensible, la veía el padre. Quienes se dejaban llevar por las primeras impresiones la describían como a una criatura imperturbable. En realidad, parecía insensible porque era tímida, incómoda y dolorosamente tímida. Aquello no lo entendía siempre todo el mundo; a veces dejaba tras de sí cierta impresión de insensibilidad, cuando en realidad era la criatura más dulce del mundo.

*Washington Square* es quizá la novela más aclamada por la crítica dentro de la obra de Henry James. Se trata de un agudo análisis y un retrato excepcional de la sociedad neoyorquina del siglo XIX a través del relato de la relación entre Catherine, una mujer joven que carece de atractivos, y su padre, Austin Sloper, un médico déspota y adinerado que la somete a su constante desprecio. El idilio que Catherine decide tener con Morris Townsend, un apuesto joven sin escrúpulos interesado en su fortuna, será el detonante de los hostigamientos del padre, que darán al traste con todos los planes de la pareja. Mediante descripciones de gran sutileza y diálogos elegantes y brillantes, Henry James desnuda de forma magistral las convenciones sociales que coartan las libertades personales en una sociedad llena de conformismos.

En esta edición ilustrada, el artista norteamericano Jonny Ruzzo reinterpreta la obra de Henry James, difuminando la frontera entre ilustración y arte con una serie de imágenes de época con un estilo actual que complementan magníficamente la lectura de este clásico. La excelente y renovada traducción de Andrés Barba y Teresa Barba de *Washington Square* es una oportunidad excepcional para acercarse a una de las obras más celebradas del autor.

HENRY JAMES (Nueva York, 1843 - Londres, 1916) es una de las figuras más destacadas de la literatura anglosajona. Estudió entre Nueva York, Londres, París y Ginebra. En 1875 se estableció en Inglaterra y en 1915 obtuvo la nacionalidad inglesa. A los veinte años comenzó a publicar cuentos y artículos en revistas estadounidenses. Su obra incluye unas veinte novelas, más de cien relatos y numerosos escritos sobre crítica literaria.

JONNY RUZZO nació y creció en Rhode Island. Actualmente reside en Nueva York. Como pensador gráfico, alberga una gran pasión por los diseños atrevidos y la tipografía. Su obra le ha valido el reconocimiento de revistas tan prestigiosas como *American Illustration*, *Society of Illustrators* y *3x3 Magazine*, y ha mostrado su trabajo en exposiciones individuales y colectivas. En 2011 ilustró una edición de *El gran Gatsby* que publicó la editorial Sexto Piso.



sextopisoilustrado

ISBN 978-84-15601-48-7

